



Questiones de **RUPTURA**

Revista Interdisciplinaria de las Ciencias Sociales Latinoamericanas
 Centro de Investigación para el Desarrollo Social y Cultural (CIDESC)
 de Inprosisistemas del Norte, Cúcuta, Colombia.

Vol. 2 N°. 1. Enero-Junio, 2018

ISSN:2538-9645.

Silvana Benavente

CONICET-Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

Juan Ramaglia

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

Hugo Biagini y el ideario juvenilista en Latinoamérica.
 Hacia una relectura del legado reformista

Hugo Biagini and the juvenile ideology in Latin America.
 Towards a rereading of the reformist legacy

Resumen

En el presente artículo abordamos el tratamiento que realiza el filósofo argentino Hugo Biagini en torno al movimiento reformista universitario. Su labor filosófico-historiográfica se propone recuperar los discursos, prácticas, procesos y sensibilidades que reflejan momentos paradigmáticos en la historia argentina y latinoamericana. En un primer momento, nos ocuparemos de los movimientos juvenilistas estudiantiles y su rol en la configuración de un pensamiento alternativo que brega por la conformación de una conciencia continental, cuestión en la cual Biagini advierte las bases que posibilitaron la emergencia del movimiento reformista. En un segundo momento, nos detendremos en la Reforma Universitaria, acontecimiento que le permite a Biagini pensar las proyecciones en materia de integración latinoamericana presentes en los idearios reformistas.

Palabras clave: Hugo Biagini, juvenilismo, pensamiento alternativo, reforma universitaria.

Abstract

In the present article we attend to the treatment of the Argentine philosopher Hugo Biagini about the university reformist movement. His philosophical-historiographical work proposed to recover the discourses, practices, processes and sensibilities that reflect paradigmatic moments in Argentine and Latin American history. At first, we considerate the student youth movements and their role in the configuration of an alternative thought that advocate for the formation of a continental conscience, question in which Biagini notices the bases that made possible the emergence of the reformist movement. In a second moment, we attend to the University Reform, event that allows Biagini to think about the projections in terms of Latin American integration present in the reformist ideals.

Keywords: Hugo Biagini, Youthfulness, Alternative thinking, University reform.

La figura de Hugo Biagini, filósofo argentino nacido en Buenos Aires en 1938, ha sido y es la del intelectual comprometido y crítico. Su quehacer filosófico tiene como horizonte el pensamiento argentino y latinoamericano, por lo cual es una referencia insoslayable para pensar la historia de las ideas iberoamericanas. Dentro de su vasta producción mencionamos algunos libros, artículos, compilaciones como: *Panorama filosófico argentino* (1985), *Filosofía americana e identidad* (1989), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX* (comp: 2004, 2006, 2010,) que han servido de inspiración para poner en diálogo los abordajes respecto del tema que nos convoca en la elaboración del presente artículo: la Reforma Universitaria de 1918. Respecto de este eje vertebrador subrayamos la importancia de *La contracultura juvenil: de la emancipación a los indignados* (2012), “Deodoro Roca, el movimiento reformista universitario y la integración latinoamericana” (2006), *La Reforma Universitaria. Antecedentes y consecuentes* (2000), pues en estos textos Biagini se ocupa específicamente de dicha temática.

La búsqueda persistente de la integración continental, que alcanzó sus primeras formulaciones en el imaginario y las proclamas de las gestas independentistas, constituyó un eje fundamental del movimiento reformista de 1918. Este temario esboza la recuperación que emprende Biagini de las diversas prácticas, discursos y movimientos insurgentes que adquieren repercusiones continentales, tópicos que posibilitan y conforman, propiamente, el paradigma reformista.

Preludios reformistas: el juvenilismo como movimiento y expresión

La labor filosófico-historiográfica que signa la trayectoria del pensador argentino Hugo Biagini implica una toma de conciencia y de posición frente a los hechos del pasado. Esto implica que las ideas deben ser abordadas en sus “correlaciones con la dinámica socio-política y económica de la cual dimanan” (Biagini, 1996: 32) y no se debe considerarlas como esquemas estáticos, imperturbables ni como unidades homogéneas de sentido. Por este motivo, es posible advertir que el lugar que otorga a las ideas reside más en sus connotaciones valorativas que en su carga descriptiva, es decir, en sus motivaciones e implicancias prácticas. Como advierte el pensador argentino, el historiador que pone en ejercicio la crítica no puede salirse ni abstraerse del tejido social, marcado por pugnas y tensiones de intereses económicos, políticos, culturales; pues las historias asépticas de las ideas, como una cuestión de simples mentalidades, carecen de matices que den cuenta de la complejidad presente en los modos de pensar en las distintas épocas (Terán, 2008: 262). De este modo el abordaje respecto de las ideas refiere a un pensamiento y quehacer intelectual situado.

El autor argentino expresa la convicción de que toda filosofía que merezca el nombre de tal se centra en las luchas antagónicas que se desarrollan en el ámbito de lo social. Esto significa que la filosofía está ligada a los hechos histórico-políticos, nacionales e internacionales, que incidieron, sin determinarla, en la configuración de la misma. Es por este motivo que consideramos que el trabajo intelectual de Biagini en torno al movimiento reformista nos invita a aproximarnos a las propuestas alternativas implicadas en las prácticas e idearios de la juventud universitaria.

Como destaca Roig, el *modus operandi* de Biagini se relaciona con la clara conciencia que lo caracteriza acerca de la necesidad de una ampliación respecto de la comprensión epistemológica del saber filosófico (Roig, 1985: 8). Dicha ampliación permite reflexionar en términos de alternativas de pensamiento [véase: Biagini y Roig (comp.), 2006], lo que constituye una propuesta crítica que visualiza otras posibilidades distintas al logos que se erige y sostiene como único. Esta necesidad

surge para denunciar la clausura de la diversidad de pensamientos y configuraciones culturales que se ocultan cuando se promueve una filosofía única. Ante esto, diversos sectores y sujetos buscan partir de la singularidad propia de cada cual, a través de distintas tendencias sociopolíticas y expresiones vitales. Enunciamos solo algunas de ellas: “obrerismo, feminismo, juvenilismo, indianismo, negritud, bohemia, redes solidarias”, entre otras (Biagini, 2013/4: 53).

Asimismo, el encuadre de la pura erudición es trasvasado al vincular el pensamiento con el ser humano, esto es, al constituirse en expresión de las inagotables exigencias de la vida humana en su devenir constante. La filosofía alternativa puede ser tomada como “una rica variante del saber crítico y liberador, tanto teórico como operativo” (Biagini, 2013/4: 51) y ser orientada por una cultura de la resistencia y por principios emancipadores. Contribuyen a su aplicación los soportes categoriales que tienen que ver con “las identidades positivas, las utopías sociales, la integración regional y la justicia distributiva” (Biagini, 2013/4: 51).

Desde los primeros compases de su obra predomina el interés por el movimiento juvenilista estudiantil que representa el prelude de la Reforma Universitaria que tiene lugar en Córdoba, Argentina, durante el año 1918. Esto implica que el juvenilismo -movimiento, expresión contracultural- se presenta como uno de los estadios pragmáticos del pensamiento alternativo. Como afirma Biagini, en las páginas de su obra *La Contracultura juvenil: de la emancipación a los indignados* (2012), el comienzo de las expresiones universitarias que, “en contextos espacio-temporales diversos, reflejan los alcances y matices que el pensamiento alternativo implica” (Biagini, 2012: 11).

Al adentrarnos en el análisis del recorrido realizado por el filósofo argentino acerca del desarrollo del reformismo, es posible registrar distintos momentos, de los cuales el punto de partida es la “denuncia o disidencia, pasando por la afirmación de cambios graduales y evolutivos”, hasta el nivel más álgido que consiste en la “transformación estructural o el sendero revolucionario” (Biagini, 2012: 11). A comienzos del siglo XX es el momento en el que se perfila un pensamiento “contestatario”. La juventud surge como “proletariado intelectual, nexo entre utopía y realidad” (Biagini, 2012: 55). La ideología resonante es el “arielismo” que concibe a la juventud como el “sujeto movilizador por antonomasia de las masas y responsable por el destino de la ciencia, de los mejores gobiernos y hasta de la unión continental” (Biagini, 2012: 27). Así pues, el juvenilismo es entendido como un “movimiento” que va forjando “un cuerpo de ideas y señas de identidad como actitudes, conductas, lenguajes propios”, es decir, una “mentalidad y sensibilidad alternativa” (Virasoro, 2008: 128) contracultural en cuanto se van a criticar los valores, las creencias, los preceptos que emanan de los dogmas dominantes. Este movimiento representa una fuerza impulsadora de cambios en el plano de la conflictividad social latinoamericana.

En cuanto “figura”, el juvenilismo, constituye el vehículo de la redención social. Esto implica que los jóvenes promueven enfrentamientos a las totalidades opresivas que surgen de las lógicas de dominio y ocultación de la alteridad. En este sentido, llevan a cabo el ejercicio de la “función utópica” propiciando la ruptura con las estructuras de dominación, por lo cual, forman parte de los derroteros de la “moral emergente” (Roig, 2002). Asimismo, se erigen como los actores sociales que promueven la instauración de un nuevo orden más justo y equitativo. El ímpetu contestatario ante la cultura institucionalizada y opresora posibilita que la misma exceda el orden meramente erudito para convertirse en estandarte interpretativo y crítico de la praxis.

El movimiento juvenilista estudiantil incide no solo en la construcción de un vínculo solidario entre la enseñanza y la vida, sino también en el “aceleramiento democrático” latinoamericano, respecto del “resto del planeta” (Biagini, 2012: 10). El hecho de que contribuyan al desarrollo de la “conciencia continental y universal” se ve reflejado en el espíritu solidario con pretensiones de “unidad latinoamericana” (Biagini y Sanguinetti, 2006: 481), que articula las reuniones de estudiantes que tuvieron lugar en distintas localizaciones de nuestro hemisferio antes de la Primera Guerra Mundial. Se trata de las asociaciones estudiantiles que buscan espacios alejados del ámbito universitario cuyos ideales comunes responden a las reivindicaciones americanistas, al compromiso social y a la transformación académica. Referencias emblemáticas de estos postulados son los tres congresos llevados a cabo en el Cono Sur. Si bien la propuesta central alude a la unidad americana, cuentan con inquietudes y reclamos particulares. Uno de ellos es el *Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos* (Biagini, 2012: 44), realizado en Montevideo en 1908, en el cual, se declaró que había llegado el momento de “la emancipación, del resurgimiento político y cultural” (Biagini y Sanguinetti, 2006: 481). Para lograr esa finalidad se sostuvo que debía recurrirse a la ciencia universal, partiendo de las necesidades de los pueblos “nuestroamericanos” atendiendo a las argucias de los sectores estatales, eclesiásticos y militares. Se denunció, particularmente, el “mercantilismo, se exigió el sufragio universal y se aseveró que la juventud debía provocar una significativa reacción moral en el Nuevo Mundo” (Biagini, 2012: 49). En el *Segundo Congreso*, celebrado en Buenos Aires en 1910, debaten en torno al lanzamiento de la “Liga de Estudiantes Americanos” (Biagini, 2012: 49), claro ejemplo de la necesidad de establecer redes amplias que promuevan asociaciones y articulaciones de alcances continentales. Estas signan el siglo XX en su interés por romper con el antagonismo individual, así como la libertad conformaba el punto cardinal del siglo XIX. En el orden de los saberes, reclaman “la introducción de asignaturas americanistas de derecho, arqueología, bibliografía, historia y literatura” (Biagini, 2012: 51) para superar la incomunicación de los pueblos americanos. El último de tales congresos se llevó a cabo en Lima, en 1912; allí se proclama al “continente como el vínculo natural y a las distintas nacionalidades como meros accidentes de la historia” (Biagini y Sanguinetti, 2006: 481). En los congresos estudiantiles prerreformistas se enunciaron como “reivindicaciones de intramuros” algunas de las cuestiones que, posteriormente, conformarán el ideario reformista, de las cuales, mencionamos las siguientes: “la autonomía y extensión universitarias, los concursos docentes, la libertad doctrinaria, el cogobierno, la solidaridad y el sindicalismo estudiantil” (Biagini, 2012: 71).

Las prácticas de denuncia y transformación por parte del juvenilismo estudiantil se encuentran vinculadas con la pretensión de establecer una “identidad” mancomunada con el reconocimiento de la alteridad (Biagini, 1989: 39). Biagini destaca la extensión y articulación de los reclamos juvenilistas con otros protagonistas sociales, como los obreros indigenistas. Aquí apuntamos algunos de los acontecimientos que trabaja el pensador argentino, en el orden educativo americano del siglo XX, para evidenciar dichas articulaciones. Nos referimos, por un lado, a la creación de la cátedra de “Legislación Obrera en las universidades del continente” y, por el otro, a la fundación de la “Universidad Obrera de La Plata en 1909” (Biagini, 2012: 50-51). La construcción de la identidad, desde el movimiento juvenilista estudiantil, implicó abocarse a la realidad y al cúmulo de contradicciones que la componen. Como expresa el filósofo argentino, se borran las barreras étnicas, geográficas o sociales a partir de la unidad, pensada en términos de integración de la diversidad. Esto evidencia que las dinámicas de construcción identitaria guardan una relación íntima con la función utópica, puesto que ambas representan aspiraciones para transformar el orden existente.

El interés de Biagini al abordar el juvenilismo y las injerencias del mismo como movimiento, no busca refrendar un “esencialismo” juvenilista (Biagini, 2012: 65), es decir, que la finalidad de su propuesta teórica no reside en el levantamiento de “altares hagiográficos” ni en el hecho de registrar “a la juventud en actitudes sempiternas” (Biagini, 2012: 9), sino que su tarea es orientada por “aquellas postulaciones de quienes visualizaron la Historia de las ideas como una herramienta para urdir la conciencia social” (Biagini, 2012: 9), como un “mecanismo para inducir la memoria activa, la conciencia” (Biagini, 2012: 67). Por este motivo, es preciso destacar el protagonismo activo y transformador juvenil desde “el ciclo emancipador” hasta el “movimiento reformista organizado” (Biagini, 2012: 11).

El vigor que caracteriza al movimiento juvenilista estudiantil del siglo XX, comienza a gestarse en el siglo XIX con la participación de diversos estudiantes criollos que se formaron en la Universidad de Charcas y promulgaron la emancipación sudamericana. Este instituto forjó en los jóvenes emancipadores, ideas independentistas y se consagró como “centro de la conciencia americana” y estandarte para la “estructuración política y social de otros pueblos del continente” (Biagini, 2012: 18). Biagini considera que el ímpetu de estos jóvenes patriotas, inspiró a los estudiantes de “la primera generación reformista” (Biagini, 2012: 61), quienes emprendieron, a partir de 1900, la ardua tarea de desbaratamiento de las instituciones existentes, posibilitando una “confederación sudamericana” (Biagini, 2012: 60). Esta tarea tiene como momento inicial, la puesta en cuestión de los mitos que conformaban el imaginario dominante, tales como: “el legítimo predominio de los notables, la indiscutible superioridad de la cultura europea” (Biagini, 2012: 59), entre otros. Esto implica que la cruzada juvenil reformista actuaba en pos de una segunda independencia relacionada con la búsqueda de emancipación intelectual, social y nacional que encontraba en el imperialismo el origen del atraso de los pueblos latinoamericanos.

Biagini advierte, en su análisis, que las expresiones de los movimientos juveniles estudiantiles sientan las bases para la posterior Reforma Universitaria del siglo XX. Los levantamientos juveniles, que se habían gestado con los jóvenes de idearios emancipadores en el siglo XIX, cobran fuerza a principios del novecientos y constituyen, para el filósofo argentino, un precedente importante en la toma de conciencia en los países del Sur respecto de los inicios registrados en la década del 60, en países como: Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña.

La Reforma Universitaria de 1918

El movimiento estudiantil ha tenido un papel decisivo en las ideas y prácticas sociales que han ido configurando la cultura argentina y latinoamericana. En esa temporalidad cíclica y persistente que suele caracterizar a las luchas insurgentes, se inscribe el movimiento reformista universitario de 1918. En su libro *La reforma universitaria. Antecedentes y consecuentes*, Hugo Biagini examina en forma detallada el legado reformista. Si bien tendremos en cuenta diversas fuentes bibliográficas, aquí recuperaremos algunas de las ideas que fueron apuntadas principalmente en ese texto junto con ideas vertidas en el *Manifiesto Reformista* escrito por Deodoro Roca. Nuestro interés es hacer una valoración crítica de la vitalidad de aquel movimiento en el horizonte histórico actual para contribuir, de ese modo, con una memoria activa del pensamiento latinoamericano.

Si hacemos un breve repaso de los acontecimientos históricos que precedieron a la Reforma Universitaria, no podríamos dejar de mencionar las sangrientas luchas civiles y los arduos procesos de organización nacional que conmovieron a casi todo el siglo XIX en nuestro país, las que finalizarán hacia 1880. Juan Bautista Alberdi, uno de los principales promotores del movimiento inmigratorio e integrante de la Joven Generación Argentina, afirma en su célebre texto *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, que la única posibilidad para desplegar el proceso de modernización anhelado para el país consistía en la alternativa de realizarlo a través de la inmigración, es decir, de un influjo externo que era la civilización europea: “Europa -decía allí- nos traerá su espíritu nuevo, sus hábitos de industria, sus prácticas de civilización, en las inmigraciones que nos envíe” (Alberdi, 1997: 89). El fuerte impacto inmigratorio junto con la urbanización y las migraciones internas, eran algunos de los antecedentes inmediatos del movimiento reformista. Pero a pesar de estos importantes cambios que se habían producido en la composición del tejido social, la universidad argentina aún permanecía como el reducto de una antigua oligarquía tradicional que guardaba fuertes vínculos con la Iglesia católica, especialmente en el interior del país.

Asimismo, la larga tradición que ha tenido el “juvenilismo” en nuestro continente, la cual hemos examinado anteriormente, es considerada por Hugo Biagini como un precedente ineludible a la hora de comprender la emergencia del movimiento reformista y sus etapas iniciales. En las primeras páginas de su libro sobre la Reforma Universitaria comienza destacando la importancia que han tenido los “ciclos paradigmáticos de protagonismo juvenil”. Ese protagonismo, como ya vimos, se remonta a los comienzos de la emancipación sudamericana, un acontecimiento en el que se pueden destacar la participación de jóvenes figuras como Bernardo de Monteagudo o Mariano Moreno, entre otros estudiantes criollos formados en la Universidad de Charcas que tuvieron un rol fundamental en las gestas independentistas; y, un poco más acá en el tiempo, señala la creación de sociedades patrióticas, literarias y políticas juveniles, dentro de las cuales subraya a la Joven Generación Argentina de 1837. Ya a finales del siglo XIX y principios del XX, la figura de la juventud, como agente de cambio social, se prolongará y exaltará con el modernismo en contraposición a la cultura burguesa.

Si a ese panorama social y político de la historia argentina, le sumamos otros acontecimientos significativos tales como la Revolución Mexicana, la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y el Triunfo de la Unión Cívica Radical, podremos aproximarnos al momento histórico en el que irrumpe la Reforma Universitaria en Córdoba hacia 1918. Este acontecimiento, que constituyó el primer movimiento juvenil importante a principios del siglo XX, es llevado a cabo, en un principio, por los mismos estudiantes cordobeses. Frente a una universidad enclaustrada y envejecida, que todavía guardaba en sus aulas restos coloniales, la juventud universitaria reclamaba por un modelo de universidad no ajeno a las “fuerzas vitales” y a los cambios sociales que conmovían la vida nacional. Según Hugo Biagini, podríamos articular aquellas demandas y propuestas referidas al modelo de universidad, fundamentalmente en dos direcciones: una endógena y otra de extra-muros.

En lo que respecta a la primera, el movimiento reformista planteó diversas demandas en relación con la tarea institucional que debía jugar la universidad para insertarse en una sociedad democrática. Entre estas exigencias se destaca, en primer lugar, la necesidad de “autonomía” política, docente y administrativa de las universidades. Pero, como advierte Biagini, esto no implicaba que

la universidad debiera replegarse sobre sí frente a las prácticas sociales, sino, por el contrario, un modo de vinculación con los movimientos populares que hacen hincapié en la importancia de resguardar a la comunidad académica de las intromisiones del Estado y sus organismos burocráticos o represivos (Biagini, 2000: 69-70). Otro reclamo del movimiento estudiantil, centrado en el cogobierno, es el referido a asegurar la participación activa de los estudiantes en la enseñanza y su específica representación en los consejos académicos (Biagini, 2000: 71). Los estudiantes también hicieron acusaciones relativas al atraso científico de la universidad, junto con otras vinculadas con el carácter elitista del sistema de gobierno de la institución. Reclamaban, por otra parte, la renovación del profesorado, de los planes de estudio, de la organización disciplinaria y de la forma de gobierno de la universidad. En tal sentido, los estudiantes exigían un estatuto para su universidad similar al de Buenos Aires, y para esto apelaban a las autoridades provinciales denunciando una universidad subordinada a un régimen anacrónico que defendía “el derecho divino del profesorado universitario”. Otras instancias académicas que planteó dicho movimiento son la calidad y la gratuidad de la enseñanza, la libertad y la periodicidad de la cátedra, la asistencia libre y el “ingreso irrestricto”. En relación a la masificación universitaria, Biagini sugiere que actualmente debe discutirse su sentido debido a que, en vez de aminorar las desigualdades, ha tenido como contrapartida el alto grado de especialización en los estudios superiores (los que implican una nueva forma de exclusión), estudios que solo alcanzaría un sector minoritario y privilegiado (Biagini, 2000: 72).

Si, por otro lado, atendemos a la dimensión de “extramuros”, una de las proyecciones más importantes del movimiento reformista se refiere a la búsqueda incansante de una integración latinoamericana. Esta proyección, que es retomada en el tercer capítulo del libro, es una preocupación central que recorre prácticamente todo el texto. Y es justamente ese destino histórico común, proyectado en una conciencia continental, el legado que reivindica y asume la “generación de 1900”. En su artículo “Deodoro Roca, el movimiento reformista universitario y la integración latinoamericana”, Biagini y Sanguinetti afirman que “con la generación de 1900, se reanudan los planteamientos indoamericanistas y se buscan modelos culturales que surjan del propio medio circundante, tomándose a lo concreto como punto de partida de lo universal” (Biagini y Sanguinetti, 2006: 482). Aquella tarea histórica consiste, por un lado, en cuestionar los extravíos de una modernidad conservadora y, por el otro, en la necesidad de impugnar los resabios coloniales que aún perduraban en las repúblicas americanas. Ese anhelo integracionista de proyecciones continentales encontró su primera formulación clara y contundente en el Manifiesto Liminar de la Reforma. En ese *Manifiesto*, que fue redactado por Deodoro Roca al mes siguiente del estallido producido en Córdoba, se anunciaba el advenimiento de nuevos tiempos revolucionarios: “Creemos no equivocarnos -nos dice Roca-, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana” (Cúneo, s/d: IX). A los pocos días, en ese mismo mes, se realizó un Congreso Estudiantil en Córdoba, en donde Roca dio las palabras de apertura, a las cuales tituló: “La nueva generación americana”. Este último escrito puede ser considerado, como sugiere el filósofo Arturo Roig, un primer intento de reformulación teórica e ideológica de las reivindicaciones expuestas en el Manifiesto¹.

¹ El filósofo Arturo Roig señala que en el escrito de Deodoro Roca podrían reconocerse al menos seis líneas interpretativas, que considera de mayor relevancia. La primera de ellas, afirma Roig, se podría denominar “interpretación generacional”, que tuvo como representante a Julio V. González; la segunda es la “interpretación novecentista” o “nacionalista de derecha”, en donde se destaca Héctor Ripa Alberdi y, en particular, Carlos Cossio, conocido filósofo del derecho; una tercera interpretación es la “anarquista”, muy próxima a un “nacionalismo telúrico”, cuyo máximo exponente ha sido Saúl Taborda; una cuarta, surge de los pedagogos y reformadores sociales de inspiración krausista, más próximos a la ideología del radicalismo yrigoyenista,

En su libro *La universidad hacia la democracia*, el filósofo mendocino Arturo Roig realiza la valiosa tarea de recuperar la figura de Deodoro Roca quien, como dice Ezequiel Martínez Estrada, había permanecido desterrado en su propia patria. Allí Roig muestra que la interpretación de Roca sobre los acontecimientos de 1918 se acerca y comparte líneas con el “generacionalismo”, el “telurismo” de la línea anarquista, el elitismo y el aristocratismo de los “arielistas”², y con el “espiritualismo” antipositivista. Una primera idea que está presente en el *Manifiesto* se refiere a que la Reforma de 1918 fue un enfrentamiento de tipo generacional, entre “viejos” y “jóvenes”, “puros” e “impuros”, “contaminados” e “incontaminados”, que, en última instancia, sería una lucha de la burguesía latinoamericana contra las antiguas estructuras de la colonia española (Roig, 1998: 162). Aquella burguesía elaboró, además, una valoración crítica acerca del inmigrante europeo, haciendo un rescate del antiguo “criollismo”, considerado como “lo nativo”. A su vez, Roig advierte en el discurso de Roca el rechazo de una “plebe”, considerada como “masa amorfa de ciudadanos”, un rechazo fundado en una visión que expresa un cierto sentido aristocrático y elitista (Roig, 1998: 169 ss.). A partir de esta idea, Roca afirmará que la explosión producida en Córdoba era la “reacción” de ciertos grupos de intelectuales “selectos” contra la pérdida de la nacionalidad, quienes además habían sabido regresar a “lo nativo”. Y es esa idea de “lo nativo”, nos dice Roig, lo que posibilita a Roca pensar su teoría sobre América. En este sentido, es claro que ya en el *Manifiesto* hay un intento explícito de recuperar el romanticismo estético y social de la Joven Generación Argentina, cuyas jóvenes figuras habían avizorado tempranamente, con un claro espíritu herderiano, la posibilidad de fundar una cultura y un pensamiento social argentino.

En relación al derrotero intelectual y los vaivenes históricos, Biagini y Sanguinetti señalan que “Deodoro no dejó de apostar ni de pugnar por el porvenir de nuestra América, a la cual concebía como una unidad ideal y como un mundo auroral” (Biagini y Sanguinetti, 2006: 485). Hoy, a casi cien de años de la Reforma Universitaria de 1918, siguen pendientes aún, y por demás vigentes, algunas de aquellas demandas hechas por los estudiantes reformistas de 1918. En ese sentido, el autor hace balance positivo del legado reformista tanto en cuanto ha constituido un modo de autoafirmación comunitaria de proyecciones continentales que planteó diversas exigencias a la Universidad y a la sociedad en su conjunto. En el texto referido a Deodoro Roca, Biagini y Sanguinetti afirman:

Junto a sus innovaciones intrauniversitarias y de extramuros –que van desde la autonomía académica a la unidad obrero-indígena-estudiantil y a la lucha contra el imperialismo–, el movimiento reformista ha forjado en millares de páginas sus acercamientos efectivos a la mancomunidad latinoamericana y a la unificación integral de nuestros pueblos, erigiéndose en uno de los

en donde Carlos N. Vergara jugó un papel importante; la quinta, que podríamos denominar –nos dice Roig– “pedagógica”, considera al movimiento de la Reforma como una manifestación del idealismo anti-positivista y tiende a circunscribirla en los marcos de la docencia universitaria, donde se destaca como intérprete de esta línea Alejandro Korn; y, por último, la llamada “socialista”, en la cual se desarrollan, en mayor grado, las lecturas marxistas. Esta última línea interpretativa presenta diversos matices: por un lado, nos encontramos con la “interpretación oficial” de la Reforma, vigente dentro del Partido Comunista Argentino, en donde se ubican Aníbal Ponce y Paulino González Alberdi; alejados de un marxismo ortodoxo, encontramos a José Ingenieros, Manuel Ugarte y el mismo Deodoro Roca en sus últimos escritos; otra es la que presentan Alfredo Palacios y Alejandro Korn, ambos cercanos al Partido Socialista de la época.

² El “arielismo” se deriva de la obra *Ariel* del pensador uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917). El arielismo expresa una visión idealista de la cultura latinoamericana como modelo de nobleza y elevación espiritual en contraposición a la cultura de los Estados Unidos como ejemplo de sensualismo y materialismo. El arielismo rodoniano está fundado en una concepción elitista: la minoría selecta de los mejores debe guiar a la sociedad siguiendo un ideal desinteresado, lo que redundaría en una mayor unidad latinoamericana.

más importantes precedentes culturales con el que deben contar emprendimientos regionales como los del Mercosur. Es que la Reforma Universitaria en Latinoamérica constituye una de las tantas expresiones que revierten la trillada versión sobre los ascendientes hegemónicos desde el norte hacia el sur para entroncarse con otras vertientes originales como el modernismo literario o las teorías de la liberación” (Biagini, y Sanguinetti, 2006).

El estudio de movimientos emergentes tales como el republicanismo radical, el modernismo literario, el indianismo, el juvenilismo y la reforma universitaria, los populismos y sus reivindicaciones democráticas, entre otros, es imprescindible en la tarea historiográfica de Hugo Biagini. Su labor ha consistido en la puesta en valor de prácticas, discursos y acontecimientos que propusieron formas paradigmáticas y alternativas de un pensar y un quehacer “nuestroamericano” (expresión formulada por Martí que es recuperada por Biagini). Recorrer la experiencia histórica acumulada en la memoria colectiva de las luchas que marcaron irremisiblemente la comunidad latinoamericana, es quizá ya un modo de prolongar las “fuerzas vitales” a las que se refirió Deodoro Roca, esas fuerzas que en el libre juego de la historia buscan redimir y liberar los “infinitos dolores” de nuestro pasado. Y pensamos que es ese anhelo emancipador lo que signa, de un modo decisivo, el pensamiento y la obra de Hugo Biagini.

Referencias bibliográficas

Alberdi, J. B. (1997). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, Plus Ultra.

Biagini, H. E. y Roig, A. A. (dir.) (2006). *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II: Obreroismo, vanguardia, justicia social (1930- 1960)*. Buenos Aires, Biblos.

Biagini, H y Sanguinetti, H. (2006). “Deodoro Roca, el movimiento reformista y la integración latinoamericana”, en: Biagini, H. E. y Roig, A. A. (dir.) (2006). *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II: Obreroismo, vanguardia, justicia social (1930- 1960)*. Buenos Aires, Biblos, pp. 481- 488. Disponible en: <http://www.cecies.org/seccion.asp?catID=25>

Biagini, H. E. (1989). *Filosofía americana e identidad: El conflictivo caso argentino*. 1ª ed. Buenos Aires, Eudeba.

Biagini, H. E. (2000). *La Reforma Universitaria; antecedentes y consecuentes*. Buenos Aires, Leviatán.

Biagini, H. E. (1996). “Hugo E. Biagini”, en: Herrero, A. y Herrero, F. (eds.) (1996). *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa*. Santa Fe, Centro de Publicaciones, Universidad Nacional del Litoral, pp. 25-35.

Biagini, H. E. (2012). *La contracultura juvenil: de la emancipación a los indignados*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

Biagini, H. E. (2013/4). “El pensamiento alternativo y su génesis”, *Cuadernos Americanos*, Vol. 4, n° 146, pp. 49-66.

Ciria, A. y Sanguinetti, H. (1987). *La Reforma Universitaria/1; 1918-1983*. Buenos Aires, Centro editor de América latina.

Cúneo, D. (s/d). *La reforma universitaria (1918-1930)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Roig, A. A. (1998). *La universidad hacia la democracia. Bases doctrinarias e históricas para la constitución de una pedagogía participativa*. Mendoza, EDIUNC.

Roig, A. A. (1985). “Prólogo”, en: Biagini, H. (ed.) (1985). *Panorama filosófico argentino*. Buenos Aires, Eudeba, pp. 7-10.

Roig, A. A. (2002). *Ética del poder y moralidad de la protesta. Respuestas a la crisis moral de nuestro tiempo*. Mendoza: EDIUNC.

Virasoro, Mónica. (2008). “Contracultura”, en: Biagini, H. E. y Roig, A. A. (directores) (2008). *Diccionario del pensamiento alternativo*. Buenos Aires, Biblos / UNLa.